

FRANCISCO DE QUEVEDO

Francisco de Quevedo y Villegas nació en Madrid en 1580, y estudió en Alcalá y Valladolid. Dominaba varias lenguas y poseía amplios conocimientos filosóficos, teológicos y políticos. Debido a varios asuntos políticos fue llevado a Nápoles como consejero del duque de Osuna. Posteriormente, fue desterrado a un pueblo manchego, y fue encarcelado casi cuatro años en León. Murió en Villanueva de los Infantes en 1645 sumido en la amargura y el desengaño. Fue uno de los escritores castellanos más reconocidos del siglo XVII.

Al fin y al cabo, este siglo fue una época de crisis general. En medio de un proceso de debilitamiento y miseria, la decadencia española sufría por inepticia y corrupción en la política, además de las derrotas militares en el exterior. En lo económico, la pobreza era cada vez mayor, las tierras pertenecían a los nobles y la población carecía de recursos, lo que concluye en un desequilibrio abismal. El malestar y el descontento se generalizó cuando el poder lo reprimió todo, además de que con la ayuda de la Inquisición, todo lo relacionado con el cambio era reprimido.

Con la llegada del Barroco, las tendencias artísticas cambiaron radicalmente respecto a las corrientes anteriores. Lo más importante era avanzar, y para ello el conocimiento científico y el pensamiento racional eran imprescindibles. Mientras todo esto sucedía en Europa, España rechazaba todo lo relacionado con la renovación del pensamiento, llegando así a quedarse totalmente aislado de Europa. En este clima de decadencia la literatura y, las artes en general, llegaron a considerarse de prodigioso esplendor. Esta época también fue llamada la segunda mitad del Siglo de Oro. El ambiente de malestar e inquietud del país se reflejaban perfectamente en las producciones artísticas y culturales del siglo XVII. Los autores adoptaban posturas de protesta, angustia íntima, evasión mediante diversión y conformismo.

Seguían en uso algunos de los temas de la poesía anterior, como el amor relacionado con la mitología y la naturaleza, aunque se usaban de forma más intensa gracias a los recursos expresivos y las nuevas visiones. Aún así, el tema central era el desengaño asociado a la crisis. El amor perdió el sentido y las ilusiones de la nación fueron derrumbadas, al mismo tiempo que el desaliento barroco abandonaba la exaltación renacentista y desvalorizaba lo terrenal.

Desde ese punto de vista, hay actitudes vitales que se volcaron en las obras. El mundo carecía de valor, era un caos donde el ser humano estaba perdido y amenazado, y junto a ello la vida era simplemente considerada como conflicto y contradicción. En cambio, la vida humana era efímera y fugaz, a la vez que

inaprensible, inconsistente, una ilusión. La vida era solo un ir muriendo, y por ello la obsesión por la muerte era generalizada.

Todos estos temas provenientes de la tradición se volvieron rigurosos y pesimistas. El barroco buscaba diversión, esplendor y artificio, y el poder promocionaba el arte elaborado. El sentido del equilibrio era rechazado, y la serenidad fue sustituida por lo exagerado y desmesurado. Aparecieron dos vertientes en contraste: el desengaño ascético/pesimismo y el materialismo pronunciado (la realidad próxima). Ambas posiciones eran entrecruzadas en algunas obras, por ejemplo, mezclando el lenguaje culto con expresiones populares.

El estilo barroco consta de una compleja elaboración: creaciones léxicas, violentos retorcimientos sintácticos, audaces metáforas, antítesis y paradojas. Esto da el efecto de un texto difícil, con el propósito de asombrar, excitar los sentidos o causar impacto en la inteligencia y en la sensibilidad. Las normas clásicas eran abandonadas y la originalidad tomó la importancia. La literatura estaba dirigida a un público culto, es decir, a una minoría. En ella el receptor entendía la complejidad verbal y los referentes históricos y culturales, donde se pretendía sustituir la realidad por un mundo de belleza superior o deformarla hasta convertirla en caricatura.

El barroco tenía dos ramificaciones denominadas culteranismo y conceptismo. Aunque a primera vista parezcan tendencias radicalmente contrapuestas, son más abundantes las semejanzas que las diferencias. El culteranismo buscaba la belleza, lo más importante era la manera de decir las cosas adornando el mensaje hasta el punto de restarle importancia. El lenguaje empleado era muy elaborado y culto, complicado. Por otra parte, el conceptismo no era tan elaborado. Lo más importante era el contenido, y no buscaba embellecer el mensaje mediante un lenguaje extremadamente culto que resultaba incomprensible para la mayoría popular. El máximo representante del culteranismo fue Luis de Góngora, y Francisco de Quevedo era el mayor conceptista.

La obra de Quevedo abarca distintos géneros y presenta una calidad excepcional, abordando el uso de los recursos lingüísticos. El carácter del poeta es profundo, de conmovedor lirismo y de pensador moral y político. Por su temática y tonos, la obra despliega una impresionante variedad en poesía y prosa, tratando sobre la angustia vital, la preocupación patriótica y la gravedad moral alternada con asuntos satírico-burlescos. Su pensamiento se fue ensombreciendo con el paso de los años, haciéndole sentir desapego por las cosas mundanas. Reflexionaba sobre la fragilidad de la condición humana, la decadencia del país y afirmaba la muerte como única certeza convirtiéndola en asunto esencial.

Empujado por la sensibilidad y la conciencia moral, el poeta conceptista no sólo se centró en la poesía filosófico-moral, sino que también en la poesía amorosa y la satírico-burlesca. Esta última pertenece mayoritariamente a sus primeras etapas, cuando caricaturiza y ridiculiza algunos aspectos de la realidad, con intención humorística.

Una de sus obras más conocidas perteneciente a este tipo de poesía es la llamada "Érase un hombre a una nariz pegado". En este poema, igual que en muchos otros, se burla de Góngora comparando su **nariz** con todas las cosas grandes que se le ocurren.

Si nos centramos en el tema específico de la obra, resulta fácilmente identificable, Quevedo pretende la humillación de su mayor adversario, Góngora, gran rival literario y personal. Un hombre de gran nariz es, un ejemplo de figura natural, objeto de comentario burlesco, como cualquier otra deformidad o exageración ridícula.

Inspeccionando la estructura, podemos ver que es un soneto formado por, dos cuartetos y dos tercetos, compuesto con versos endecasílabos con la siguiente estructura: ABBA ABBA CDC DCD, encadenada en los tercetos, y rima consonante. Basándonos en los recursos, la anáfora es el más usado, cuando al principio de cada verso, aunque no en todos, repite la palabra **érase**. Otro recurso muy utilizado es la **hipérbole**, el cual está presente en prácticamente toda la obra, ya que toda la obra es constantemente una exageración de la nariz de Góngora. Un claro ejemplo de este recurso es el segundo verso: "*érase una nariz superlativa*". También aparece la metáfora constantemente, diciendo lo que es la nariz de Góngora, por ejemplo, "*érase una pirámide de Egipto*". Aquí compara la nariz de Góngora con una pirámide de Egipto, debido a su gran tamaño. Por otra parte, también se puede apreciar una personificación o prosopopeya en la parte de "*érase una alquitara pensativa*"; las alquitaras no pueden pensar, por lo tanto aquí Quevedo le da características humanas. Hay también un asíndeton en toda la obra, donde solo pone comas para unir versos y frases, y casi nunca utiliza nexos.

Tras haber analizado la literatura de la época, se podría concluir que el barroco fue una etapa bastante difícil. Los autores reflejaban perfectamente este dolor en sus obras, cada uno a su estilo, y el barroco se dividió en dos tendencias cuyos mayores representantes, Quevedo y Góngora, mantenían una relación de odio y desprecio. Aún así, juntos lograron que esta época fuese denominada "el Siglo de Oro", haciendo referencia a las grandes obras que florecieron debido al sufrimiento producido por la situación de crisis en la que se encontraba España.